

PENÍNSULA IMPRESCINDIBLES

Así fue Auschwitz

Primo Levi
Leonardo De Benedetti
Así fue Auschwitz
Testimonios 1945-1986

EDICIÓN DE FABIO LEVI Y DOMENICO SCARPA
TRADUCCIÓN DE CARLOS GUMPERT

Título original: *Cosí fu Auschwitz. Testimonianze 1945-1986*

© Giulio Einaudi editore s.p.a., Turín, 2015
www.einaudi.it

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2015

© de la traducción del italiano: Carlos Gumpert Melgosa, 2015

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015
Ediciones Península,
Avda. Diagonal, 662-664, 6.ª pta.
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

DAVID PABLO • fotocomposición
EGEDSA • impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 23.609-2015
ISBN: 978-84-9942-454-5

ÍNDICE

Nota de los editores	II
Así fue Auschwitz	
Leonardo De Benedetti – Primo Levi <i>Informe sobre la organización higiénico-sanitaria del campo de concentración para judíos de Monowitz (Auschwitz – Alta Silesia) 1945-1946</i>	17
<i>Relación del licenciado Primo Levi, n.º de registro 174517, superviviente de Monowitz-Buna 1945</i>	48
<i>Declaración 1946 (aproximadamente)</i>	54
Leonardo De Benedetti <i>Declaración acerca de Monowitz ¿1946?</i>	57
<i>Testificación para el proceso Höss 1947</i>	62

Leonardo De Benedetti <i>Testificación para el proceso Höss</i> 1947	64
<i>Testimonio de un compañero de prisión</i> 1953	69
<i>Aniversario</i> 1955	71
Leonardo De Benedetti <i>Denuncia contra el doctor Joseph Mengele</i> 1959 (aproximadamente)	74
<i>Carta a la hija de un fascista que pregunta por la verdad</i> 1959	79
<i>Milagro en Turín</i> 1959	82
<i>La época de las esvásticas</i> 1960	84
<i>Declaración para el proceso Eichmann</i> 1960	87
<i>Testimonio para Eichmann</i> 1961	91
<i>Deportación y exterminio de los judíos</i> 1961	98
<i>Declaración para el proceso Bosshammer</i> 1965	107

<i>La deportación de los judíos</i> 1966	109
Leonardo De Benedetti <i>Cuestionario para el proceso Bosshammer</i> 1970	114
<i>Cuestionario para el proceso Bosshammer</i> 1970	121
<i>Testificación para el proceso Bosshammer</i> 1971	128
<i>La Europa de los campos de concentración</i> 1973	137
<i>Así fue Auschwitz</i> 1975	141
<i>Deportados políticos</i> 1975	145
<i>Borrador de un texto para el interior del Bloque italiano en Auschwitz</i> 1978	151
<i>Un comité secreto de defensa en Auschwitz</i> 1979	154
<i>Aquel tren hacia Auschwitz</i> 1979	157
<i>Recuerdo de un hombre bueno</i> 1983	161

<i>A nuestra generación...</i> 1986	164
APÉNDICE	167
Primo Levi – Leonardo De Benedetti <i>El tren hacia Auschwitz</i> 1971	
UN TESTIGO Y LA VERDAD por Fabio Levi y Domenico Scarpa	175
DOCUMENTOS	231
Documentación fotográfica	233
Información sobre los textos por Domenico Scarpa	245
Agradecimientos	297

NOTA DE LOS EDITORES

Como bien saben los lectores de Primo Levi, el capítulo inicial de *Los hundidos y los salvados* comienza con la frase «La memoria humana es un instrumento maravilloso, pero falaz». Resulta lógico que su atención se concentre en el adjetivo «falaz», donde se compendian la perspicacia y la honestidad de un escritor que denuncia desde un principio los límites de todo testimonio, empezando por el suyo propio. Al poner negro sobre blanco los documentos recopilados en este libro, en cambio, hemos querido dar a esos dos adjetivos, «maravilloso» y «falaz», un peso diferente a lo habitual; será oportuno explicar de qué manera.

Así fue Auschwitz se abre con el texto del *Informe sobre la organización higiénico-sanitaria* del campo de concentración de Monowitz (Auschwitz III), que el médico-cirujano Leonardo De Benedetti y el licenciado en química Primo Levi redactaron en Katowice durante la primavera de 1945, a petición del comando ruso de aquel campo para exprisioneros; al año siguiente, el texto fue publicado, en italiano y en una versión más larga, en la revista turinesa *Minerva Medica*. A ese temprano testimonio le sigue, en orden cronológico, un grupo de textos de muy diferentes clases y orígenes que abarcan un periodo de cuarenta y un años, 1945-1986: artículos publicados en periódicos y revistas, discursos pronunciados en público, testificaciones prestadas con ocasión de juicios contra criminales nazis (aquí la voz de Leonardo vuelve al lado de la de su amigo), textos oficiales encar-

gados a Levi como la figura más reputada entre los supervivientes de los campos. La mayor parte de los textos fue redactada personalmente por Primo Levi, que pudo asimismo supervisar su publicación. Por el contrario, de sus testimonios procesuales poseemos en muchos casos una transcripción realizada por terceros y no sometida a su control. Por último, algunos escritos (como podrá verse en «Información sobre los textos» tuvieron un camino tortuoso.

Un situación tan variopinta conlleva dos consecuencias: 1) resulta siempre reconocible, en el curso de los años, la voz de Levi, y del mismo modo va cobrando forma a lo largo del tiempo y consolidándose con coherencia, con ángulos visuales siempre nuevos, el marco de su relato; 2) una serie de mínimas deformidades —vacilaciones ortográficas, errores materiales, despistes de memoria que pueden afectar a nombres, números, fechas, topónimos— se encuentran diseminadas en algunos de estos escritos, más a menudo, como es natural, en los de origen oral o los que han pasado por manos de intermediarios, pese a la meticulosidad de estos últimos. En el presente volumen, excepto por rectificar los *lapsus calami* más triviales y las erratas evidentes, hemos optado por reproducir los textos tal como están, indicando las posibles incongruencias en el apéndice, donde se reconstruyen los avatares de cada texto y se aclaran algunas alusiones; el mismo razonamiento vale, como es obvio, para los textos de Leonardo De Benedetti que hemos considerado necesario incluir. Esta fidelidad a los documentos nos ha parecido la mejor forma de poner a disposición de los lectores, al menos en parte, su granulosidad material y la huella de la época desde la que llegan hasta nosotros.

Pero esta elección está dictada también por otro criterio, solidario con la preocupación manifestada por Levi en los últimos años de su vida frente a posibles usos instrumentales de tropiezos mínimos o de lagunas en los testimonios de los supervivientes: criterio que no es otro que el respeto por la verdad. Ello nos ha impuesto el observar la máxima fidelidad filológica en la edición de los textos y una completa transparencia historiográfica en la reconstrucción de su gé-

NOTA DE LOS EDITORES

nesis. El mismo principio nos ha sugerido, por otro lado, no dedicar menos atención al esfuerzo que prodigó Levi para restituir, incluso al cabo de muchos años, una realidad difícilísima de describir en cualquier caso; un esfuerzo gracias al cual el propio descubrimiento de esos descuidos —nos gustaría hacer hincapié en ello— acaba por dar relieve aún con mayor consistencia y solidez al cuadro que a lo largo de más de cuarenta años nos ha sido ofrecido.

El esfuerzo constante por corregir también eventuales errores propios, vistiendo a menudo el hábito del investigador más que el de mero testigo —como en el extraordinario *Informe* de 1945, dedicado a los compañeros que participaron en la letal marcha de evacuación desde Auschwitz—, permitió a Primo Levi, por lo tanto, conquistar verdades cada vez más nítidas. Pero eso no es todo; este libro en particular, por el sesgo de los textos que lo componen, ofrece a sus lectores otra importante oportunidad: la de darles indicaciones para establecer el peso respectivo que, al hablar de la memoria, puede atribuirse a adjetivos tan irreconciliables en apariencia como los propuestos en *Los hundidos y los salvados*, «maravillosa» y «falaz».

F. L. – D. S.

ASÍ FUE AUSCHWITZ

INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN
HIGIÉNICO-SANITARIA
DEL CAMPO DE CONCENTRACIÓN
PARA JUDÍOS DE MONOWITZ
(AUSCHWITZ – ALTA SILESIA)

A través de documentos fotográficos y de los ya numerosos testimonios proporcionados por exreclusos en los distintos campos de concentración creados por los alemanes para el aniquilamiento de los judíos de Europa, es probable que no haya nadie que desconozca a estas alturas lo que fueron esos lugares de exterminio y las atrocidades que se perpetraron allí. Sin embargo, con el fin de dar a conocer mejor los horrores, de los que nosotros también fuimos testigos y frecuentemente víctimas durante el periodo de un año, creemos conveniente hacer pública en Italia una relación, que presentamos al Gobierno de la URSS, a petición del comando ruso del campo de concentración de Katowice para exprisioneros italianos. En aquel campo estuvimos albergados nosotros también, tras nuestra liberación por parte del Ejército Rojo hacia finales de enero de 1945. Añadimos aquí, a esa relación, algunos datos de carácter general, ya que nuestro informe de entonces debía ceñirse exclusivamente al funcionamiento de los servicios sanitarios del campo de Monowitz. Informes similares fueron requeridos por el Gobierno de Moscú a todos aquellos médicos de distintas nacionalidades,

que, procedentes de otros campos, habían sido asimismo liberados.

* * *

Partimos del campo de concentración de Fossoli di Carpi (Módena) el 22 de febrero de 1944 con un convoy de seiscientos cincuenta judíos de ambos sexos y de todas las edades. El mayor sobrepasaba los ochenta años, el más joven era un lactante de tres meses. Muchos estaban enfermos, y algunos de forma grave: un anciano de setenta años, que había sufrido una hemorragia cerebral pocos días antes de la salida, fue obligado a montar de todas formas en el tren y murió durante el viaje.

El tren estaba compuesto exclusivamente por vagones de ganado, que se cerraban desde el exterior; en cada vagón se hacían más de cincuenta personas, la mayoría de las cuales habían traído consigo cuantas maletas les había sido posible cargar, porque un subteniente alemán, destinado al campo de Fossoli, nos había sugerido, con el aire de quien da un consejo desinteresado y afectuoso, que nos procuráramos muchas prendas de vestir gruesas —jerséis, mantas, abrigos de piel— porque nos iban a llevar a países de clima más rígido que el nuestro. Y había añadido, con una sonrisilla benévola y guiñando irónico un ojo, que si alguien disponía de dinero o joyas ocultas, lo mejor era que se lo llevara también, que allí nos sería de indudable utilidad. La mayoría de los desplazados cayeron en la trampa, siguiendo un consejo que escondía una vulgar trampa; otros, muy pocos, prefirieron confiar sus pertenencias a algunos civiles que tenían acceso libre al campo; otros, por último, que en el momento de su detención no habían tenido tiempo de proveerse de ropa de repuesto, partieron únicamente con la ropa que llevaban encima.

El viaje desde Fossoli a Auschwitz duró exactamente cuatro días; y fue muy penoso, sobre todo a causa del frío; este era tan intenso, especialmente durante las horas nocturnas, que las tube-

INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN HIGIÉNICO-SANITARIA

rías metálicas que discurrían por el interior de los vagones aparecían por la mañana cubiertas de hielo, debido a la condensación del vapor de agua de nuestro aliento. Otro tormento era el de la sed, que no podíamos apagar más que con la nieve recogida en la única parada diaria, cuando el convoy se detenía en campo abierto y a los viajeros se nos permitía bajar de los vagones, bajo la estrechísima vigilancia de numerosos soldados, listos, con sus subfusiles siempre apuntándonos, a disparar contra el primero que hiciera ademán de alejarse del tren.

Durante esas breves paradas era cuando se procedía, vagón por vagón, a la distribución de los víveres: pan, mermelada y queso; nunca agua ni bebida alguna. Las posibilidades de dormir quedaban reducidas a lo mínimo, puesto que la cantidad de maletas y de fardos que nos estorbaban en el suelo no permitían a nadie colocarse en una posición cómoda o propicia para el descanso; cada viajero tenía que conformarse con permanecer acullillado de la mejor manera posible en un espacio diminuto. El piso de los vagones estaba siempre mojado y nadie se había preocupado por recubrirlo siquiera con un poco de paja.

Nada más llegar el tren a Auschwitz (eran aproximadamente las 21 horas del 26 de febrero de 1944), los vagones fueron desalojados rápidamente por numerosos SS, armados con pistolas y provistos de porras; los viajeros se vieron obligados a amontonar maletas, hatillos y mantas junto al tren. La comitiva fue enseguida dividida en tres grupos: uno de hombres jóvenes y aparentemente válidos, del que formaban parte noventa y cinco personas; un segundo de mujeres, incluso jóvenes —grupo exiguo, compuesto tan solo de veintinueve personas—, y un tercero, el más numeroso de todos, con niños, inválidos y ancianos. Y, mientras los dos primeros se encaminaban por separado hacia diferentes campos, hay razones para creer que el tercero fue conducido directamente a las cámaras de gas de Birkenau y sus miembros asesinados esa misma noche.

El primer grupo fue llevado a Monowitz, donde se levanta-

ba un campo de concentración dependiente administrativamente de Auschwitz, del que distaba unos ocho kilómetros, construido hacia mediados de 1942 con el fin de suministrar mano de obra para la construcción del complejo industrial Buna-Werke, dependiente de IG Farbenindustrie. Albergaba de 10.000 a 12.000 prisioneros, por más que su capacidad normal no fuera más que de 7.000-8.000 hombres. La mayor parte de estos eran judíos de todas las nacionalidades de Europa, mientras que una exigua minoría estaba compuesta por criminales alemanes y polacos, así como «presos políticos» polacos y «saboteadores».

El complejo Buna-Werke, destinado a la producción a gran escala de caucho sintético, de gasolina sintética, de colorante y otros subproductos del carbón, ocupaba un área rectangular de alrededor de 35 kilómetros cuadrados. Una de las entradas a esta zona industrial, toda ella circundada por una elevada valla de alambre de espino, se hallaba a pocos centenares de metros del campo de concentración de los judíos, mientras que, a poca distancia de este y pegado a las lindes de la zona industrial, se levantaba un campo de concentración para prisioneros de guerra británicos y, más distantes, había otros campos para trabajadores civiles de diferentes nacionalidades. Añádase, dicho sea de paso, que el ciclo de producción de la Buna-Werke no llegó a iniciarse nunca: la fecha de apertura, fijada en un principio para agosto de 1944, fue posponiéndose gradualmente a causa de los bombardeos aéreos y de los sabotajes de los obreros civiles polacos, hasta la evacuación del territorio por parte del ejército alemán.

Monowitz, por lo tanto, era un típico Arbeitslager: cada mañana, toda la población del campo —excepto los enfermos y el escaso personal asignado al trabajo interno— desfilaba, alineada en perfecto orden, al compás de una banda que tocaba marchas militares y alegres cancioncillas, para dirigirse a sus lugares de trabajo, que en el caso de algunas cuadrillas distaban hasta seis o siete kilómetros: el camino se recorría a paso ligero, casi a la carrera. Todos los días, antes de la salida hacia el trabajo y después

INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN HIGIÉNICO-SANITARIA

del regreso de este, se llevaba a cabo la ceremonia del pase de lista en una plaza del campo, donde todos los prisioneros tenían que permanecer rígidamente formados entre una y tres horas, hiciera el tiempo que hiciera.

Nada más llegar al campo, el grupo de noventa y cinco hombres fue conducido al pabellón de desinfecciones, donde todos sus componentes fueron obligados raudamente a desnudarse y sometidos después a una completa y minuciosa depilación: el pelo, la barba y cualquier otro vello cayeron rápidamente bajo la acción de tijeras, navajas y maquinillas. A continuación fueron introducidos en la cámara de las duchas y encerrados allí hasta la mañana siguiente. Cansados, hambrientos, sedientos, adormilados, estupefactos por lo que ya habían visto e inquietos por su inmediato futuro, pero especialmente preocupados por la suerte de sus seres queridos, de los que habían sido separados repentina y brutalmente unas horas antes, con el alma atormentada por oscuros y trágicos presentimientos, tuvieron que pasar toda la noche de pie, con las extremidades metidas en el agua que, goteando desde las tuberías, corría por el suelo. Finalmente, a eso de las seis de la mañana siguiente, fueron sometidos a una fríega general con una solución de lisol y después a una ducha de agua caliente; a continuación se les entregaron las vestimentas del campo, y para que se las pusieran se les condujo a otra gran sala, a la que tuvieron que acceder por fuera del pabellón, saliendo desnudos a la nieve y con el cuerpo todavía húmedo por la reciente ducha.

El equipamiento de los prisioneros de Monowitz en la temporada invernal estaba compuesto por una chaqueta, un par de pantalones, un gorro y un abrigo de paño a rayas; una camisa, un par de calzoncillos de tela y un par de trapos para los pies; un jersey y un par de botas con suela de madera. Era evidente que muchos de los trapos para los pies y de los calzoncillos habían sido confeccionados con algún *taled* —el manto sagrado con el que los judíos acostumbran a taparse durante las oraciones— ha-

llado en las maletas de algunos deportados y utilizado de tal guisa en señal de desprecio.

Ya en abril, cuando el frío, aunque algo mitigado, aún no había desaparecido, los indumentos de paño y los jerséis eran retirados y los pantalones y las chaquetas reemplazados por prendas similares de tela, a rayas también; y solo hacia finales de octubre volvían a distribuirse las prendas invernales. Ello, sin embargo, dejó de ocurrir en el otoño del 44, porque las prendas y abrigos de paño habían alcanzado sus extremas posibilidades de ser reutilizados, de modo que los prisioneros tuvieron que afrontar el invierno 44-45 con ropas de tela, igual que durante los meses de verano; solo una exigua minoría recibió algunas ligeros impermeables de gabardina o un jersey.

Estaba severamente prohibido poseer recambios de prendas o de ropa interior, de modo que resultaba prácticamente imposible lavar camisas o pantalones: estas prendas eran cambiadas imperativamente a intervalos de treinta, cuarenta o cincuenta días, según su disponibilidad y sin posibilidad de elección; la ropa interior nueva no estaba limpia, sino que simplemente había sido desinfectada mediante vapor, ya que no existía lavandería en el campo. Se trataba en su mayor parte de calzoncillos cortos de tela y de camisas, también de tela o algodón, a menudo sin mangas, prendas de aspecto repugnante a causa de sus numerosas manchas de todo tipo, a menudo reducidas a harapos; a veces, en su lugar, algunos recibían la chaqueta o los pantalones de un pijama o incluso alguna pieza de ropa interior femenina. Las repetidas desinfecciones deterioraban los tejidos, eliminando su resistencia. Todo este material representaba la ropa de más baja calidad requisada a los componentes de los distintos convoyes que llegaban continuamente, como es sabido, al centro de Auschwitz procedentes de cualquier rincón de Europa. Abrigos, chaquetas y pantalones, tanto en verano como en invierno, eran distribuidos en un estado de conservación increíblemente malo, llenos de remiendos e impregnados de suciedad (barro, aceite de maquinaria, pintura).

INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN HIGIÉNICO-SANITARIA

Los prisioneros estaban obligados a realizar personalmente las oportunas reparaciones, sin que esto significara que se les distribuyera hilo o agujas. Un cambio solo se obtenía con enormes dificultades y cuando todo intento de arreglo era manifiestamente imposible. Los trapos para los pies no se cambiaban en absoluto, y su renovación quedaba a iniciativa de cada individuo. Estaba prohibido poseer pañuelos o cualquier otro andrajo.

Las botas se fabricaban en un taller especial existente en el campo; las suelas de madera se clavaban a empellas de cuero o de imitación de cuero o de tela y goma procedentes del calzado de peor calidad sacado de los convoyes que llegaban. Cuando estaban en buenas condiciones, constituían una defensa aceptable contra el frío y la humedad, pero eran absolutamente inadecuadas para las marchas, aunque fueran cortas, y provocaban abrasiones en la piel de los pies. Podía considerarse afortunado aquel que entraba en posesión de unas botas del tamaño adecuado y emparejadas. Cuando se estropeaban, eran reparadas innumerables veces, más allá de todo límite razonable, de modo que rarísima vez se veían zapatos nuevos y los más comúnmente distribuidos no duraban más de una semana. No se entregaban cordones de zapatos, que cada individuo se encargaba de sustituir por cuerdecillas hechas con trozos de papel trenzados o cable eléctrico, cuando era posible encontrarlo.

El estado higiénico-sanitario del campo parecía a primera vista realmente bueno: los callejones y los paseos que separaban los diferentes «bloques» estaban bien cuidados y limpios, en la medida que lo permitía la superficie fangosa del firme; el exterior de los «bloques», de madera, estaba bien pintado y los suelos interiores se barrían y fregaban minuciosamente cada mañana, con las llamadas «literas» de tres pisos en perfecto orden y las mantas de los jergones bien estiradas y alisadas. Pero todo eso no era más que apariencia, y la sustancia muy diferente: en efecto, en los «bloques», que normalmente tendrían que haber dado cabida a entre ciento cincuenta y ciento setenta personas, siempre se

hacían no menos de doscientas, y a menudo hasta doscientas cincuenta, por lo que casi en cada cama tenían que dormir dos personas. En estas condiciones, la cubicación del dormitorio era ciertamente inferior al mínimo requerido por las exigencias de la respiración y de la hematosi. Los camastros estaban provistos de una especie de jergones, más o menos rellenos de virutas de madera, casi reducidas a polvo por el prolongado uso, y de dos mantas. Aparte del hecho de que estas nunca se cambiaban ni eran objeto de desinfección alguna, excepto en raras ocasiones y por motivos excepcionales, en su mayor parte se hallaban en un pésimo estado de conservación: desgastadas por el larguísimo uso, desgarradas, cubierta por manchas de todas clases. Únicamente los camastros más a la vista estaban dotados de mantas más decentes y casi limpias e incluso a veces bonitas: se trataba de los camastros de los niveles inferiores y más cercanos a la puerta de entrada.

Como es natural, estas camas estaban reservadas para los pequeños «jerarcas» del campo: jefes de cuadrilla y sus asistentes, ayudantes del jefe del bloque o simplemente amigos de los unos o de los otros.

Así se explica la impresión de limpieza y de orden y de higiene que recibía quien, entrando en un dormitorio por primera vez, recorriera el interior con una mirada superficial. En los armazones de las «literas», en las vigas de carga, en los tablones de los camastros vivían miles de chinches y de pulgas que hacían pasar noches insomnes a los prisioneros; ni siquiera la desinfección de los dormitorios con vapores de ácido azothídrico, practicada cada tres o cuatro meses, bastaba para eliminar a aquellos huéspedes, que seguían vegetando y multiplicándose casi imperturbables.

En cambio, contra los piojos se llevaba a cabo una lucha sin cuartel, con el fin de prevenir los brotes epidémicos de tifus exantemático: cada noche, al regresar de trabajo y con mayor rigor el sábado por la tarde (dedicado entre otras cosas al afeitado

INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN HIGIÉNICO-SANITARIA

del cabello, de la barba y a veces también del resto del vello), se practicaba el llamado «control de los piojos». Todos los prisioneros tenían que desnudarse y someter sus ropas al minucioso examen del personal especializado; y, en el caso de que se hallara aunque no fuera más que un piojo en la camisa de un deportado, todas las prendas personales de todos los inquilinos del dormitorio eran enviadas inmediatamente a la desinfección y los hombres sometidos a la ducha, previa friega de lisol. Luego tenían que pasarse desnudos toda la noche hasta las primeras horas de la mañana, cuando sus ropas les eran devueltas desde el barracón de desinfección, impregnadas aún de humedad.

Sin embargo, nunca se adoptó ninguna otra medida para la profilaxis de las enfermedades infecciosas, que desde luego no faltaban: tifus y escarlatina, difteria y varicela, sarampión, erisipela, etcétera, sin contar las numerosas afecciones cutáneas contagiosas, como epidermoficia, impétigo, sarna. Resulta de lo más sorprendente que con tanta dejadez en las normas higiénicas, y la extrema promiscuidad, no estallaran epidemias de rápida propagación.

Una de la mayores posibilidades de transmisión de enfermedades infecciosas se sustentaba en el hecho de que buena parte de los presos no contara con escudilla o cuchara, por lo que era corriente que tres o cuatro personas se vieran obligadas a comer sucesivamente en el mismo recipiente o con el mismo cubierto, sin tener la oportunidad de lavarlos.

La comida, en cantidad insuficiente, era de deplorable calidad. Se nos proporcionaba tres veces: por la mañana, nada más despertar, se distribuían 350 gramos de pan cuatro veces a la semana y 700 gramos tres veces a la semana, es decir, un promedio diario de 500 gramos —cantidad razonable, de no ser porque el propio pan contenía indiscutiblemente gran cantidad de escorias, entre las cuales, muy visible, serrín—; además, también por la mañana, veinticinco gramos de margarina con unos veinte gramos de salchichón o una cucharadita de mermelada o requesón.

La margarina se distribuía solo seis días a la semana; más tarde, su distribución se redujo a tres días. A mediodía, los deportados recibían un litro de sopa de nabo o de repollo, absolutamente insípida por su carencia de cualquier clase de condimento, y por la noche, al terminar el trabajo, otro litro de una sopa un poco más consistente, con algunas patatas o, a veces, con guisantes y garbanzos, pero que también carecía de condimentos grasos. En algunas raras ocasiones podían encontrarse algunas hebras de carne. Como bebida, por la mañana y por la noche se distribuía medio litro de una infusión de sucedáneo de café, no azucarada; solo los domingos se endulzaba con sacarina. Monowitz carecía de agua potable; la que fluía en los lavabos solo podía ser utilizada para uso externo, al ser de procedencia fluvial y llegar al campo sin filtrar ni esterilizar y por lo tanto altamente sospechosa: su aspecto era límpido, por más que al acumularse revelara un color amarillento; con un sabor entre metálico y sulfuroso.

Los prisioneros estaban obligados a ducharse dos o tres veces por semana. Estos lavacros, sin embargo, no bastaban para mantener limpio el cuerpo, puesto que la cantidad de jabón que se distribuía era excesivamente parca: una sola vez al mes recibíamos una pastilla de jabón de 50 gramos, de pésima calidad. Se trataba de un pedazo de forma rectangular, muy duro, desprovisto de sustancias grasas y en cambio con exceso de arena, que no producía espuma y se desmenuzaba con extrema facilidad, por lo que después de un par de baños se había consumido totalmente. Tras el baño no había posibilidad de restregarse el cuerpo, o de secarse, porque no teníamos toallas; de este modo, al salir del baño, había que correr desnudos, fuera cual fuera la época del año, fuesen cuales fuesen las condiciones atmosféricas, meteorológicas o de temperatura, hasta los respectivos «bloques» donde estaban depositadas nuestras ropas.

Las tareas a las que se destinaba a la gran mayoría de los presos eran las propias del peonaje, todas agotadoras, nada adecuadas para las condiciones físicas y la capacidad de los condena-

INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN HIGIÉNICO-SANITARIA

dos; muy pocos de ellos fueron empleados en trabajos que tuvieran cierta afinidad con la profesión u oficio ejercidos durante su vida civil. De este modo, ninguno de los abajo firmantes pudo trabajar nunca en el hospital o en el laboratorio químico de la Buna-Werke, sino que ambos se vieron obligados a seguir la suerte de sus compañeros y someterse a esfuerzos superiores a sus fuerzas, ya fuera excavando con pico y pala, ya descargando carbón o sacos de cemento, o en otras modalidades, todas ellas extenuantes; trabajos que naturalmente se llevaban a cabo al aire libre, en invierno y en verano, bajo la nieve, bajo la lluvia, expuestos al sol y al viento, sin la protección de una vestimenta adecuada contra las bajas temperaturas y la intemperie. Tales trabajos, además, debían ser realizados siempre a un ritmo apresurado, sin descanso alguno, excepto durante la hora —desde las doce hasta la una— destinada a la comida del mediodía: ¡pobre del que fuera sorprendido inactivo o en actitud indolente durante las horas de trabajo!

Por la rápida descripción que hemos hecho de las modalidades de vida en el campo de concentración de Monowitz podemos deducir con facilidad cuáles eran las enfermedades más frecuentes que aquejaban a los presos y sus causas. Pueden clasificarse en los siguientes grupos:

- 1) enfermedades distróficas;
- 2) enfermedades del tracto gastrointestinal;
- 3) enfermedades respiratorias;
- 4) enfermedades infecciosas generales y cutáneas;
- 5) enfermedades abordables quirúrgicamente;
- 6) enfermedades relacionadas con el trabajo.

Enfermedades distróficas. Si desde un punto de vista cuantitativo, como hemos visto, la alimentación era notablemente inferior a las necesidades básicas, en términos cualitativos estaba desprovista de dos importantes factores: carecía de grasas y, sobre

todo, de proteínas animales, a excepción de los míseros veinte o veinticinco gramos de salchichón que se nos suministraban dos o tres veces a la semana. Además faltaban vitaminas. No es de extrañar que tales y tantas carencias alimentarias fueran la base de partida de esas distrofias que afectaban prácticamente a todos los prisioneros desde las primeras semanas de su estancia en el campo. Todos perdían peso con mucha rapidez, en efecto, y la mayor parte presentaban edemas cutáneos, localizados principalmente en las extremidades inferiores, sin que faltaran, además, edemas en la cara. Del mismo modo, a esas distrofias hay que atribuir la facilidad con la que se contraían diferentes infecciones, sobre todo las que afectaban al aparato cutáneo, y su tendencia a convertirse en crónicas. Así, determinadas erosiones de la piel de los pies, directamente causadas por el calzado, antifisiológico por forma y tamaño; forúnculos, muy frecuentes y numerosos en el mismo sujeto; úlceras crónicas de las piernas, igualmente frecuentes; flemones, etcétera: ninguna de ellas mostraba tendencia a la mejoría, sino que se convertían en llagas tórpidas, de fondo lardáceo, con interminables supuraciones seropurulentas, y en ocasiones con exuberancia de granulación gris amarillenta, que no se conseguía avivar ni siquiera con pinceladas de nitrato de plata. Y, por último, una parte no despreciable de las diarreas, que afectaban a casi todos los deportados, puede atribuirse también a la distrofia alimentaria. Así se explica que los deportados perdieran rápidamente las fuerzas, en cuanto la fusión del panículo adiposo iba acompañada por la estabilización de una aguda atrofia de los tejidos musculares.

Llegados a este punto hemos de recordar las vitaminas: por lo que hemos referido hasta aquí, parece obvio que los síndromes de avitaminosis —y en especial la carencia de vitamina C y de vitamina B— eran frecuentes. En cambio, no tenemos constancia de casos comprobados de escorbuto o polineuritis, al menos en su forma típica y completa; y lo creemos relacionado con el hecho de que el periodo medio de vida para la mayoría de los presos era demasiado corto como para que el cuerpo tuviera tiempo de

INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN HIGIÉNICO-SANITARIA

manifestar signos clínicos evidentes de padecimiento por la carencia de esas vitaminas.

Enfermedades del tracto gastrointestinal. Dejamos a un lado aquí ciertas enfermedades que afectaban a muchos prisioneros pero que no estaban en relación directa con las condiciones de vida en el campo; tal como hipo e hiperclorhidria, úlceras gastroduodenales, apendicitis, enterocolitis, enfermedades hepáticas. Nos limitaremos a recordar que tales estados patológicos, que muchos deportados presentaban ya antes de su llegada a Monowitz, se agravaban o derivaban en recaídas, incluso en casos previamente curados. Preferimos recordar más bien la diarrea, que ya hemos mencionado en el párrafo anterior, tanto por su difusión como por la gravedad de su evolución, que a menudo llevaba rápidamente a la muerte. Por lo general, se manifestaba de repente, precedida en ocasiones por trastornos dispépticos, de resultas de alguna causa ocasional, que representaba el factor determinante accidental, como, por ejemplo, una exposición prolongada al frío o la ingestión de alimentos en mal estado (a veces el pan estaba mohoso) o de difícil digestión. Cabe recordar a tal propósito que muchos presos, para calmar los retortijones del hambre, se comían mondas de las patatas, hojas crudas de col, patatas y nabos podridos que recogían de la basura de las cocinas. Pero es probable que en el origen de las diarreas severas hubiera otros muchos factores, y en particular dos, dependientes entre sí: una dispepsia crónica y la consecuente distrofia alimenticia. Los afectados presentaban numerosas evacuaciones alvinas —desde un mínimo de cinco o seis hasta veinte y tal vez más al día— líquidas, precedidas y acompañadas por agudos dolores abdominales, muy ricas en mucosidad, a veces acompañadas de sangre. Había quien conservaba el apetito, pero en la mayoría de los casos los pacientes presentaban una anorexia persistente, por lo que se negaban a alimentarse: estos eran los casos más graves que evolucionaban rápidamente hacia un desenlace fatal. Otro síntoma era el de una constante e intensa sed. Si la enfermedad mostraba sig-